

izquierdo del mariscal Macdonald, obligó á retrogradar de Lowenberg á Lobau, y de Lobau á Górlitz. De ochenta mil hombres disponía contra Macdonald, que sólo había conservado cincuenta mil con armas, y que no pudo proporcionarse sesenta mil en estado de venir á las manos, sino retirando del desemboque de Zittau á Poniatowski.

A pesar de su intrepidez conocida, temía el mariscal Macdonald que trajesen consigo nuevas desventuras al desaliento de sus soldados, la actitud de sus generales por consecuencia de la derrota y el impulso retrógrado de todos. Socorros pedía á voz en grito, pudiendo acontecer que dentro de veinticuatro horas, según expresaba, se viese repelido desde Górlitz sobre Bautzen y aun quizá sobre Dresde.

Napoleón, que no empleaba mucho tiempo en adoptar su partido, juzgó que no era propicio aquel momento para dirigirse á Hoyerswerda, es decir, á la izquierda del camino real de Silesia y sobre el flanco de Blücher, pues Macdonald se hallaba muy apretado para que se tardase en maniobrar ni una hora. Socorrerle directamente por el camino más corto era la única operación adaptada á las circunstancias. Se proponía unírsele en Bautzen, reanimarle, conducirlo adelante y repeler destrozado á Blücher más allá del Neisse, del Queiss y de todos los ríos que había pasado. Buscando sobre todo Napoleón una batalla contra aquellos de sus enemigos que osaran permanecer al alcance de su brazo, esperaba hallarla en este reencuentro con Blücher, y discurría que, hallándose éste ya tan lanzado, no podría detenerse bastante pronto para escapársenos de nuevo.

Resuelto de este modo, hizo que se modificara el movimiento dado el día antes á las dos divisiones de infantería de la joven guardia y la caballería que las seguía. De Königsbruck, adonde las había encaminado, llevólas por Camenz á Bautzen. Acto continuo mandó partir á la vieja guardia de Dresde á Bischofswerda, y á Stolpen al resto de la joven guardia, que al mando de Mortier aguardaba sus órdenes en Pirna. Igual movimiento directo sobre Bautzen fué prescrito á la caballería de reserva de Latour-Maubourg y á la infantería del mariscal Marmont. Puestas las tropas el 3 en marcha, debían estar en Bischofswerda por la noche y en Bautzen al día siguiente. Napoleón mismo se dispuso á partir de Dresde en la noche del 3 al 4, empleando todo el día en expedir sus órdenes según costumbre, y reservándose para dormir el tiempo que pasara dentro del carruaje. A Macdonald avisó del movimiento considerable que se operaba hacia Bautzen, y le recomendó el secreto, á fin de que Blücher desprevenido diera en el grueso del ejército francés de plano. En Dresde prohibió que se dejara pasar á un solo paisano por los puentes, esperando impedir así que llegara á oídos de Blücher la noticia de la partida de la guardia, y finalmente envió á decir á Ney que, torciendo un instante de Hoyerswerda, se hallaría de retorno en aquella dirección al cabo de tres ó cuatro días, que siempre le señalaba á Baruth como punto de reunión, y que posteriormente se partiría desde allí hacia la capital de Prusia.

En la noche del 3 de septiembre dejó Napoleón á Dresde, se detuvo algunas horas en Harta, y llegó á Bautzen al día siguiente por la mañana. Delante hizo

que fueran setenta furgones con municiones, fusiles, zapatos, á fin de dar á los soldados de Macdonald parte de lo que habían perdido. Trató bien á este mariscal, sin cargar la mano sobre las faltas que á orillas del Katzbach se pudieran haber cometido, tomando en cuenta respecto de todos lo difícilísimo de las circunstancias, y sabiendo que en situación semejante convenía realzar los corazones á fuerza de infundirles aliento, en vez de abatirlos con la pesadumbre de las recriminaciones. Por otra parte el mariscal Macdonald inspiraba tanta estima que la reconvencción expirara en la boca si se tratara de dirigírsela por acaso. Lejos de mostrarse Napoleón, ocultóse de intento, queriendo esperar, para dejarse ver, á que la caballería de la guardia y la de Latour-Maubourg hubiesen llegado, y se pudiera caer sobre Blücher con fuerzas bastantes.

Por desgracia, en el seno de aquellas poblaciones germánicas donde no contábamos sino enemigos, y aun entre aquellas á las cuales obligaba nuestra presencia á seguir de aliadas, no había secreto posible más que en provecho de nuestros adversarios. Muchos avisos partidos de Dresde, ya para el ejército de Silesia, ya para el de Bohemia, hicieron saber, no los designios de Napoleón, que sólo por él y por sus lugartenientes eran conocidos, sino los movimientos de la guardia empezados desde la mañana del 2 de septiembre. Esta indicación bastaba para adivinar que Blücher iba á ser blanco de los golpes de Napoleón. Así el general prusiano, á pesar de lo fogoso, fiel al plan de ocultarse tan luego como Napoleón asomara, se preparaba á retrogradar, y aunque no se había pronunciado ya en retirada, avanzaba con tiento. Llegado á Górlitz, empujó hacia Bautzen á sus avanzadas, pero detuvo su cuerpo de batalla en Górlitz mismo, y personalmente fué á situarse sobre una altura que se llama Lands-Krone, y desde la cual se descubre toda la comarca desde Górlitz á Bautzen.

Habiendo llegado Latour-Maubourg y Nansouty el 4 de septiembre á cosa de mediodía, Murat se puso á la cabeza de sus escuadrones, y cayó al galope sobre las avanzadas de Blücher encontradas en los alrededores de Weisenberg á la caída de la tarde. Inmensos torbellinos de polvo anunciaron su aproximación, é inmediatamente reconoció Blücher en este vivo impulso la presencia del soberano, á cuya vista no se retrocedía nunca. Acometidas vigorosamente sus avanzadas fueron rechazadas, dejando algunos centenares de hombres sobre el campo. Suspendida fué la persecución á causa de la noche. Blücher tomó sin demora el partido de repasar el Neisse al día siguiente, y de no dejar en Górlitz más que una retaguardia que ocupase la ciudad situada de nuestro lado, ínterin se preparaba todo á fin de destruir los puentes. A la cabeza de sus vanguardias se dirigió Napoleón la mañana del 5 más allá de Reichenbach, para ver si al cabo podría coger á los prusianos de modo de quitarles la gana de volver tan pronto al avance después de su partida. Pero á la primera ojeada tuvo el disgusto de reconocer que Blücher se iba á substraer de nuevo á nuestra aproximación como los días 22 y 23 de agosto. Con efecto siguió adelante, y su única satisfacción fué la de coger ó matar al entrar en Górlitz á unos mil enemigos. Después de cruzar la ciudad á paso de carrera, se halló con los puentes del Neisse cortados, y con la retaguardia prusiana acabando de destruir el

que la había servido para libertarse de nuestros golpes.

Desde entonces fué evidente para Napoleón que, de perseguir más largo tiempo á los aliados, sólo sacaría fatigar inútilmente sus tropas y alejarse más y más de Dresde: Por consiguiente determinó hacer alto en Górlitz, pasar allí dos ó tres días para restaurar los puentes, dar descanso á sus soldados, y reanimar con su presencia al cuerpo de Macdonald, cuya moral estaba muy quebrantada.

Sin embargo, despachos llegados de Dresde el 5 por la tarde, le hicieron variar su resolución de nuevo, y le obligaron á no pasar en Górlitz los dos ó tres días que había proyectado. Se le anunciaba efectivamente otra aparición del ejército de Bohemia sobre el camino de Peterswalde, es decir, á espaldas de Dresde, ni más ni menos que en la época reciente de las batallas del 26 y del 27 de agosto. Otra vez el oficial de ordenanza Gourgaud era órgano de los temores del mariscal Saint-Cyr, y narrador muy animado de lo que acontecía en Dresde. ¿Significaba una verdadera bajada del ejército de Bohemia para dirigir un segundo ataque en contra de la capital de Sajonia, á pesar de la ruda acogida que se le hizo en el primero? ¿O se reducía más bien á una simple demostración de su parte, siendo verosímil que, informado á tiempo del movimiento de Napoleón sobre Bautzen, aspirara á llamarle otra vez á Dresde, á burlarse de la prontitud de sus determinaciones, de la agilidad de sus soldados, á cansar á él y á ellos, á agotarlos en movimientos infructuosos, ya contra un ejército, ya contra otro, no concediendo jamás la ventaja de que se aproximara bastante á alguno para darle alcance y batiarle? Esta última hipótesis era la más probable, y si Napoleón tuviera esperanza de alcanzar á Blücher, no se apartara de este enemigo para correr sobre el príncipe de Schwartzenberg con la certidumbre de que no había de aguardarle.

Por desgracia ningún sacrificio hacía Napoleón en detenerse, dado que Blücher, tan veloz en marchar hacia atrás como hacia adelante, ya estaba fuera de alcance, y natural era que, no teniendo que llevar en Górlitz nada útil á cabo, se encaminase adonde se presentaba á la sazón un síntoma de peligro y una esperanza de batalla, por leve que fuese aquél y por dudosa que fuese ésta. De consiguiente ordenó á su guardia que avanzara más lejos y que tomara descanso, para estar prevenida á ejecutar sus órdenes á otro día, y personalmente volvió de Górlitz á Bautzen, para estar más á la mano de las noticias, y avalorar más á golpe seguro los informes enviados desde el campo de Pirna. No perdiendo un instante viajó toda la tarde y noche, y llegó el 6 á Bautzen á las dos de la madrugada. De cierto no se podía acreditar más actividad ni despreciar menos la fatiga, pues salido de Dresde el 3 de septiembre por la noche, llegado á Bautzen el 4 por la mañana, habiendo corrido hasta Weissenberg el mismo día, y hasta Górlitz el 5, retornaba durante la noche del 5 al 6 á Bautzen. Desgraciadamente, yendo á pie sus tropas, no podían seguir más que de lejos la celeridad de sus movimientos.

Efectivamente Napoleón halló en Bautzen los pormenores enviados en nombre del mariscal Saint-Cyr por Mr. de Basano, y según los cuales el grande ejército de Bohemia había al parecer desembocado de pronto de Peterswalde, con la derecha sobre Pirna, el centro sobre

Gieshübel y la izquierda sobre Borna, en todo el ademán de una resolución seria, y con un vigor de ataque tal que el mariscal Saint-Cyr había considerado oportuno replegar sus cuatro divisiones, retirándose ordenadamente. A la vista de tales peligros, y sobre todo no reteniéndole en Bautzen nada provechoso, Napoleón respondió que iba á partir sin tardanza, de manera de estar la misma noche del 6 en Dresde, y que haría que le siguiera toda su guardia. Sin embargo, no siendo fácil engañarle, y no tomando aún esta nueva demostración por muy seria, expidió sus órdenes en conformidad de lo que pensaba. Siempre fijo en el movimiento sobre Hoyerswerda, desde donde podría al mismo tiempo apoyar á Ney hacia la capital de Prusia y contener á Blücher hacia Górlitz, no llevó decididamente á la parte de Dresde más que á la guardia joven y vieja contando unos cuarenta mil hombres de todas armas. A Marmont, que para unírsele estaba en marcha, le dirigió hacia Camenz y Königsbruck, desde donde sería fácil llamarle á Dresde ó empujarle sobre Hoyerswerda. Le agregó un fuerte destacamento de caballería para dar caza á los cosacos y enlazarle con Ney y Macdonald. Después de restablecer á Poniatowski en el desemboque de Zittau, ordenó á este mariscal que se situara en Bautzen, y volviera á armar sus soldados desbandados, y guardar finalmente por lo menos la línea del Spree con un efectivo que podría elevar á setenta mil hombres, si lograba recoger sus merodeadores. Lícito era esperar que Macdonald se mostrara menos pronto á la retirada y Blücher al avance, estando á dos y no á cinco jornadas de Dresde. Con una modestia que le honraba, el mariscal Macdonald suplicó mucho á Napoleón que le exonerara de mando en jefe, ofreciendo permanecer y hacerse matar como general de división á la cabeza del 11.º cuerpo, si bien no queriendo una responsabilidad harto pesada, y quejándose quizá con la injusticia del infortunio de la poca ayuda de sus lugartenientes. Ya Napoleón no tenía elección, porque los generales desaparecían como los soldados, á causa del espantoso consumo que hacía de los unos y de los otros. Oyó á Macdonald, le consoló, le trató como hubiera tratado á un general victorioso, y después de infundirle aliento lo mejor que pudo, salió para Dresde el día 7 por la mañana. Mr. de Basano le salió al encuentro, para emplear el ocio del camino en hablarle de los negocios del imperio y de las noticias llegadas del cuartel general del mariscal Saint-Cyr sobre Pirna.

Tras de permanecer una ó dos horas en Dresde, dirigióse á este último punto y se detuvo cerca de Muggeln, donde se hallaban las retaguardias del mariscal Saint-Cyr. Véase lo que había acontecido hacia este lado. Los prusianos y los rusos, sin los austriacos, desembocaron por el camino real de Peterswalde, cuya configuración hemos dado á conocer oportunamente, y trataron de apoderarse por una parte de la meseta de Pirna, y por otra de la meseta de Gieshübel, y empujaron delante de ellos las cuatro divisiones de Saint-Cyr, que ocupaban estas diversas posiciones. Desembocando otro cuerpo á las órdenes del conde Pahlen por el camino de Furstenwald, que había seguido Kleist cuando los sucesos de Kulma, vino hacia Borna, allí donde, menos enhiestas las montañas, se empiezan á convertir en llanuras. Una inmensa caballería lanzada en esta dirección

inquietó mucho á la de Pajol, y á no ser por la energía y el arte de éste, le causara enormes destrozos.

Viéndose estrechado Saint-Cyr de esta suerte, replegó su división 42.<sup>a</sup> del campo de Pirna á Pirna mismo, y dejando algunos batallones en la fortaleza de Koenigstein, según costumbre, se trajo las divisiones 43.<sup>a</sup> y 44.<sup>a</sup> de Gieshübel á Zehits, y la 45.<sup>a</sup>, que sostenía á Pajol, de Berna á Dohna.

En esta posición hallóle Napoleón, no desconcertado, sobre todo menos afectado que aparentó estarlo, y dispuestísimo á volver á tomar la ofensiva. ¿Qué significaba esta nueva aparición del enemigo? ¿Era una continuación de la táctica, por cuyo medio aspiraba á agotar las tropas francesas, ó bien un verdadero ataque? Mucho importaba examinar en unión de un general tan inteligente como el mariscal Saint-Cyr esta cuestión obscura. Con suma confianza y cordialidad le preguntó Napoleón sobre el asunto, pues aun cuando su carácter no le gustaba gran cosa, tenía en mucha estimación sus luces, y además en las circunstancias presentes necesitaba contemplar á todos, y especialmente á los hombres de guerra, ya hartos fatigados. Por todas estas razones habló con el mariscal Saint-Cyr á la larga, y al parecer no quedó convencido de que fuese de veras este último ataque, ni otra cosa que una de las alternativas de los perpetuos vaivenes, que á la sazón semejaban constituir la única táctica de los coligados. A mayor abundamiento Napoleón no anhelaba otra cosa, según dijo, que reparar por medio de una acción decisiva todo el daño que le causaron las jornadas de Kulma, de Katzbach y de Gros-Beeren, si bien dudaba con fundamento que, después de la lección recibida en Dresde, se expusieran los coligados á otra de la misma clase. Evidentemente no se querían presentar de nuevo con la cabeza en la capital de Sajonia y la cola en los desfiladeros de Ertz-Gebirge, y en cuanto á irlos á buscar á mayor distancia, esto es, á Bohemia, se resentía de juego aventurado de sobra, pues consistía en tomar para sí la mala posición de que huían ellos después de haberla experimentado. Más verosímil parecía que, si tornaban á comenzar una empresa á nuestras espaldas, fuese más atrás todavía, esto es, por el camino real de Commotau á Leipsick, y la aparición de algunos corredores por tal rumbo, notada de dos á tres días á esta parte, ya inclinaba á Napoleón á pensar en igual sentido, lo cual probaba su sagacidad profunda, según se verá en breve. Por lo demás repitió que se alegraría mucho de tener encima otra vez al ejército de Bohemia, entre Dresde y Peterswalde, aun cuando no osaba lisonjearse de ello; que no otra cosa le había llevado á aquel punto; que sus reservas estaban en marcha; que al día siguiente por la mañana se hallarían en Dresde y por la noche en Múgeln, y que se obraría á tenor de las circunstancias.

El mariscal Saint-Cyr opinaba de distinto modo, creyendo en un ataque determinado del príncipe Schwartzberg, á juzgar por el vigor con que las divisiones del cuerpo 14.<sup>o</sup> acababan de ser empujadas dos días, y sobre todo le asombraba verle avanzar tan cerca de Dresde, si era para una demostración tan sólo. Sostuvo, á la manera que ya lo había hecho, que hacia Bohemia debía aspirar Napoleón á ganar una gran batalla, y que sería la más decisiva, á causa de la presencia de los

soberanos, cuyo valor convenía quebrantar pronto; á lo cual respondía fundadamente Napoleón que en todas partes la hallaría buena, mejor sin duda contra los soberanos juntos, pero que no dependía de su albedrío tenerla donde deseaba, y que la daría donde se la quisiera brindar la fortuna.

Aún estaba el mariscal Saint-Cyr muy fijo en una idea, exactísima á no resentirse de poco verosímil, á saber, que á la sazón se habían separado los austriacos de los prusianos y los rusos, pues sólo á éstos últimos se veía delante, sin un solo destacamento austriaco, en cuyo caso, no contra ciento cuarenta ó ciento cincuenta mil hombres, sino contra ochenta ó noventa mil á lo sumo habría que venir á las manos, y así la coyuntura no podía ser más propicia para caer encima de los coligados y abrumarlos. Sin embargo, aquí había una contradicción singular, pues la separación de los aliados excluía la idea de una tentativa formal contra Dresde, y Napoleón creía más bien que, si se habían alejado los austriacos, era para preparar una marcha ulterior sobre Leipsick, trasladándose hacia las direcciones capaces de conducir á este punto. Estos raciocinios entre dos militares tan competentes revelaban de lleno en medio de qué obscuridades se ve obligado á dirigirse un general en jefe, pero no importaban de ningún modo respecto de la conducta que debía ser observada, pues se estaba de acuerdo en tener con el ejército de Bohemia un gran choque, si quería venir á las manos en seguida, y sólo impedía emprenderlo en el instante la ausencia de las reservas, ocupadas en atravesar el espacio entre Bautzen y Dresde. Napoleón se separó del mariscal Saint-Cyr para tornar de nuevo el mismo día á la capital de Sajonia, donde tenía que dar órdenes de todas clases á los diferentes cuerpos de tropas. Se convino en que al primer movimiento del enemigo enviaría el mariscal un oficial que se lo avisara (1).

(1) En el mariscal Saint-Cyr aplaudimos sobremanera, además de su mucho talento, la gran independencia de su carácter; sólo deploramos que adoleciera de una inclinación excesiva á la contradicción, que le hizo cometer más de una falta en su carrera, tan gloriosa por otra parte. Pero vamos á citar una prueba extraña de inclinación semejante á propósito de las jornadas, cuya relación acaba de leerse. Difícil es ver jornadas más activamente empleadas, si bien no fueran venturosas, pues Napoleón partió de Dresde el 3 por la noche, durmió tres ó cuatro horas en Harta, llegó el 4 por la mañana á Bautzen, pasó allí el día para asistir á la persecución del enemigo, durante el día 5 avanzó hasta Górlitz para asegurarse por sus propios ojos de si los prusianos querían hacer cara, á la noticia de una nueva aproximación del ejército de Bohemia regresó á Bautzen aquella misma noche, llegó allí á las dos de la madrugada del 6, expidió allí todas sus órdenes este día, y fué á dormir á Dresde, donde entró ya de noche, y el 7 por la mañana dirigióse al lado del mariscal Saint-Cyr para tener la conferencia de que se acaba de dar noticia. Marchando durante las noches, pasando los días á caballo ó en su gabinete, para fijar las direcciones á una multitud de cuerpos, de los cuales recibía informes á cada instante, Napoleón acreditaba la actividad de un joven en esta coyuntura. Sin embargo, véanse las palabras textuales del mariscal Saint-Cyr en sus Memorias, tomo IV, pág. 136... «Le quedaba la facultad (después de la retirada de Blücher) de marchar sobre Schwartzberg, que avanzaba por la orilla derecha sobre Rumburgo, y de cuya marcha presumo que estaba enterado, como en los días 3 y 4 lo fué por el cuerpo 14.<sup>o</sup> de la del ejército ruso. No obstante, los días 5, 6 y 7, después de la retirada de Blücher, estuvo en una indecisión completa; el 7 hizo que el mayor general escribiera al mariscal Gouvión Saint-Cyr una especie de carta de reconveniones...» Sin buscar en esta última frase el secreto del juicio emitido por el mariscal Saint-Cyr, se puede ver

Para comprender mejor la dificultad del mando conviene decir que Napoleón y el mariscal Saint-Cyr tenían actualmente razón el uno contra el otro. Efectivamente, véase lo acontecido entre los coligados. A la primera noticia llegada de Dresde de una marcha de Napoleón á Lusacia, ejecutaron los austriacos un movimiento retrógrado correspondiente en Bohemia al que Napoleón ejecutaba al punto citado, y volvieron á pasar el Elba detrás de la cortina de montañas, entre Tetschen y Leimeritz. Este movimiento tenía un doble objeto: primeramente el de proveer á los casos imprevistos, con especialidad el de una operación de Napoleón sobre Praga, y después el de reponerse algún tanto del rudo sacudimiento experimentado por el ejército austriaco en la batalla de Dresde. Se había dejado á los prusianos y á los rusos en el camino real de Peterswalde, con ánimo de atraer allí á Napoleón por efecto de demostraciones muy pronunciadas, de libertar así al ejército de Silesia contra el cual se dirigía, y de proseguir el plan convenido en Trachenberg, mostrándose muy emprendedores donde no estuviera y muy prudentes donde se hallara,

qué grado de exactitud tiene su aserto, tras de la narración que dejamos hecha. Napoleón marchó el 5 sobre Blücher, regresó el 6 llamado por el mismo mariscal Saint-Cyr, no invirtió más que algunas horas en cerciorarse de si el llamamiento era fundado, horas no perdidas, pues despachó órdenes de continuo, y dedicó el 7 á conferenciar con el mariscal, trasladándose á su lado. De consiguiente no perdió los días 5, 6 y 7 en irresoluciones. Es falso el supuesto de que Napoleón debía estar enterado del pretendido movimiento del ejército austriaco sobre Rumburgo, es decir, sobre la orilla derecha del Elba, pues por una parte el ejército austriaco no ejecutó el movimiento de que se trata, y no volvió atrás más allá de Tetschen, y por otra pudiera muy bien no conocer Napoleón este movimiento aun cuando se efectuara, pues la cortina de montañas y la mala voluntad de los alemanes nos condenaban á ignorarlo todo, hasta el extremo de que, estando juntos Napoleón y el mariscal Saint-Cyr el 7 en Múgeln detrás de Pirna, no sabían si tenían delante á los austriacos, á los rusos y á los prusianos, ó sólo á los prusianos y á los rusos. De suerte que en el pasaje que acabamos de citar es todo inexacto, así el juicio como las aserciones, y los ponemos de manifiesto, no como aduladores de Napoleón, papel que dejamos á otros, ni como detractores del mariscal Saint-Cyr, pues al revés estimamos mucho su talento y su independencia, sino como historiadores persuadidísimos de las dificultades de la historia. Sin duda parece que debía saber la verdad un testigo de este mérito, colocado tan cerca de los sucesos, habiendo pasado al lado de Napoleón una parte de los días, durante los cuales supone que no hizo nada, y sin embargo, véase cómo se ha expuesto á emitir juicios falsos, por no haber leído lo que Napoleón escribió en el curso de estos días. Nueva prueba es ésta de que no conviene aventurarse á juzgar á los hombres que han figurado en los grandes sucesos, sin conocer sus órdenes, y sobre todo sus correspondencias que contienen las verdaderas razones de su conducta. Y al ver á un personaje como el mariscal Saint-Cyr, que había mandado ejércitos, que sabía por experiencia cuán insensatas determinaciones atribuyen á menudo á los que mandan las gentes mal informadas, se convence uno de que no hay que fallar sino en vista de documentos auténticos y tras la compulsión de los que existen y se pueden haber á las manos. Esto hemos hecho nosotros con atención escrupulosa, no permitiéndonos afirmar sino sobre datos seguros, cotejados unos con otros, no aspirando á ensalzar ni á denigrar á éstos ó aquellos, no figurando como aduladores ni como detractores de Napoleón, convertido para nosotros en un personaje puramente ideal, no buscando más que la verdad, buscándola con pasión, diciéndola en provecho de Napoleón cuando es favorable, y en su daño cuando le condena. La verdad constituye el objeto, el deber y hasta la felicidad de los historiadores veraces. Cuando se sabe avalorar la verdad y cuánto es hermosa, y aun cómoda, porque sólo ella lo explica todo, no se quiere, no se busca, no se ama, no se presenta más que á ella, ó al menos lo que por tal se juzga. (N. del A.)

hasta el momento en que, ya extenuado por inútiles correrías, se encontrara el medio de abrumarle. Wittgenstein y Kleist, que mandaban á las órdenes de Barclay de Tolly á los rusos y á los prusianos y estaban llenos de ardimiento, no ejecutaron á medias las demostraciones que tenían á su cargo, sino que atacaron á las cuatro divisiones del mariscal Saint-Cyr á fondo, hasta el extremo de necesitar éste de todo su aplomo, de todo su talento en la guerra defensiva, para salir libre de su derrota. Mientras los cuerpos prusianos y rusos batallaban de esta suerte en Peterswalde, quebrantado todavía Klenau de los golpes recibidos en Dresde, se hallaba entre Commotau y Chemnitz ocupado en rehacerse, enviaba partidarios ora á Zwickau, ora á Chemnitz, y preparaba la operación decisiva que, sin atreverse aún á intentarla, meditaban siempre los coligados á nuestras espaldas, si bien ahora en la dirección de Leipsick y no ya en la de Dresde.

Razón tenía Napoleón al creer que no se pensaba en un segundo ataque contra la capital de Sajonia, y que, de emprenderse una nueva marcha sobre nuestras espaldas, se ejecutaría más lejos, esto es, por Leipsick; y engañándose el mariscal Saint-Cyr acerca de estos particulares, tenía razón al discurrir que los prusianos y los rusos se hallaban á la sazón separados de los austriacos, y que podía ser una buena ocasión de acometerlos. A este último dictamen no objetaba Napoleón cosa alguna, y decía muy sensatamente que cualquiera que fuese la verdad del caso, no quedaba más arbitrio que aguardar todo el día 8, para ver qué rumbo tomaba el enemigo, y para dar tiempo á que llegasen la guardia y la caballería de reserva.

Raro es que sólo haya que seguir una conducta, especialmente cuando la situación se presta á suposiciones contrarias. Así sucedía ahora, y Napoleón regresó á Dresde el 7 por la noche, pronto á volver á la primera señal en persona, si bien queriendo entretanto velar sobre los movimientos de sus innumerables cuerpos de tropas. Efectivamente, mientras permanecía en acecho para coger en falta al ejército de Bohemia, ocurrían nuevos sucesos hacia sus alas.

Sin duda se hace memoria de que, al partir de Dresde, primero para dirigirse á Hoyerswerda y luego para caer sobre Bautzen, citó Napoleón al mariscal Ney para Baruth, con el designio de unirle y de apoyar de resultas su movimiento sobre Berlín, ó de ir allá en persona. Atraído á Dresde á causa de la aparición de las cabezas de columnas de Wittgenstein y de Kleist, no creía, según acaba de verse, en su intención formal de empeñarse de nuevo sobre las espaldas de la capital de Sajonia, y de consiguiente, para cuando estuviera tranquilo del todo relativamente á este punto, ideaba tornar á sus proyectos sobre la capital de Prusia y estaba impaciente por saber lo que el mariscal Ney había ejecutado hacia esta parte.

Este mariscal, enviado para tomar el mando de manos del mariscal Oudinot, llegó el 3 de septiembre á Wittemberg, día mismo en que Napoleón se encaminaba sobre Bautzen, y queriendo ponerse en marcha el día 5 lo más tarde, pasó revista á sus tres cuerpos de tropas, que desde el desastre de Gross-Beeren habían perdido mucho en material, en fuerza numérica y en disposiciones morales.

El material se había reemplazado por medio del depósito establecido en Wittemberg; la fuerza numérica no pudo ser restablecida, porque en la batalla de Gross-Beeren se perdieron como doce mil hombres, unos muertos ó heridos, otros dispersos y que andaban completamente á la desbandada por los caminos. Se volvieron á recoger los que eran franceses, y se les puso un fusil al hombro; pero éstos formaban la minoría, y así los tres cuerpos de tropas ascenderían, á lo sumo, aun incluyendo la caballería del duque de Padua, á cincuenta y dos mil hombres, en lugar de los sesenta y cuatro mil que contaban á la vuelta de las hostilidades. En cuanto á las disposiciones morales ya no tenían aquella ciega confianza en sí mismos que las jornadas de Lutzen y de Bautzen les habían inspirado, y que el primer revés sufrido acababa de quebrantar de una manera profunda. No estaban satisfechos los jefes. Aunque deseoso el mariscal Oudinot de que se le exonerase del mando, no podía ver con gusto el envío del mariscal Ney, que parecía ser una condenación de su conducta. Descontento el mariscal Reynier del mariscal Oudinot, propensísimo á estarlo también del mariscal Ney, juntando á su propio enojo el de los sajones á quienes mandaba, no podía ser un lugarteniente animado de muy buena voluntad, aun cuando siempre dispuesto á cumplir su deber sobre el campo de batalla. Por último, del general Bertrand, invariablemente adicto al servicio del emperador, era de quien el mariscal Ney tenía que recelar menos, si bien esperara una situación más independiente que la que le había tocado. A todo esto el mariscal Ney, no habiendo ejercido nunca el mando en jefe, aunque hubiese tenido numerosas reuniones de tropas bajo sus órdenes directas, no fijándose en sus instrumentos y apremiadísimo á emplearlos, pasó revista de sus tres cuerpos el día 4, y les anunció que al día siguiente se emprendería la marcha. Citado á Baruth, debía trasladarse de Wittemberg á Juterbock, escurriéndose en cierto modo de izquierda á derecha, con el fin de ocultarse del ejército enemigo, que se hallaba entero delante de Wittemberg, provisto de una inmensa caballería y teniendo así ojos por todas partes.

Delante de Wittemberg estaba alineado el ejército francés en semicírculo, con el 7.º cuerpo del general Reynier á la izquierda, el 12.º del mariscal Oudinot en el centro, y el 4.º del general Bertrand á la derecha. Tan estrechados se veían por el ejército del Norte, que las avanzadas se hallaban en choque continuo. Obrando aquí el mariscal Ney muy hábilmente, dejó su derecha formada por el 4.º cuerpo delante del contrario durante la mañana toda del 5, y emprendió el movimiento proyectado con el centro, compuesto del cuerpo 12.º. Por detrás de su derecha llevóle en dirección de Zahna, y fué á arrebatar este punto al cuerpo prusiano de Tauenzien. Un riachuelo había que cruzar en la aldea misma de Zahna: forzado fué á pesar de alguna resistencia, y se desembocó al otro lado. El 7.º cuerpo, que formaba la izquierda, apoyó los esfuerzos del 12.º sobre Zahna, y luego que hubieron desfilado uno y otro, habiendo ocupado ya el 4.º bastantemente al enemigo, levantó su campo y se juntó al resto del ejército que en un día hallóse así en Seyda, á cinco leguas de Wittemberg sobre la derecha. Este movimiento, ejecutado pronto y valerosamente, nos costó unos mil hom-

bres y doble número á los prusianos. Sin embargo, se trataba de saber si precedidos, flanqueados, seguidos por una inmensa caballería, observados en todos nuestros movimientos, nos sería posible continuar esta marcha de flanco sin ser asaltados por el enemigo y heridos en el mismo flanco que le presentábamos inevitablemente.

Si Napoleón formara generales en jefe, en lugar de formar admirables lugartenientes, sola clase de alumnos que podía salir de su escuela, puesto que nunca les permitía ser otra cosa, no se expusiera á ver interpretadas sus órdenes como lo fueron en esta coyuntura. Aun cuando hubiera prescrito al mariscal Ney que se trasladara á Baruth, lo cual implicaba la necesidad de un movimiento de flanco y absolutamente á la vista del contrario, menos sumiso difiriera la ejecución de sus órdenes más bien que aventurarse á una batalla general, dada en posición falsa y contra fuerzas infinitamente superiores. Pero, acostumbrado el mariscal Ney á no examinar el valor de las órdenes de Napoleón, no pensando más que en atemperarse puntual y hábilmente á ellas, haciéndose aún más confiado de resultados de su operación feliz del día 5, prosiguió su movimiento de izquierda á derecha sin vacilación alguna.

Sobre Juterbock había que penetrar al día siguiente, y luego hasta Baruth ya no quedaba más que una marcha. Determinó el mariscal Ney que el general Bertrand, que continuaba formando la derecha del ejército con el 4.º cuerpo y estuvo menos empeñado el día antes, marchara el primero sobre Juterbock, á las ocho de la mañana, y que le siguiera el general Reynier con el 7.º y el mariscal Oudinot con el 12.º. Estando el enemigo tan sobre aviso y tan cerca, fuera mejor marchar en masa, perfectamente apretados unos con otros, sobre todo operando un movimiento de flanco y de día con cincuenta mil hombres y contra ochenta mil combatientes. Pero los tres cuerpos se hallaban á dos horas de distancia unos de otros, y para colmo de desventura, caminaban por una llanura arenosa y con un viento que levantaba nubes de polvo totalmente impenetrable á la vista.

Desde las ocho de la mañana hasta mediodía continuaron el avance, siempre hostigados de flanco por una numerosa caballería, que iba conteniendo la nuestra no sin gran trabajo. No cabía dudar que Bernadotte estaría enterado de nuestro proyecto, y que para obstruirnos el camino de Juterbock se movería en masa, según la dirección que había tomado y según el número de sus jinetes. Pero si se llegaba al desfiladero de Denewitz, que había de cruzar indispensablemente antes de que allí se encontrase al enemigo en masa, se podía muy bien forzar este paso y llegar á Juterbock los primeros. Entonces todo el ejército francés se hallaba fuera de peligro, y el príncipe de Suecia quedaba reducido á seguirle á la cola, sin esperanza de darle alcance.

Repentinamente fueron asaltados á eso de mediodía por la metralla, partida del seno de una nube de polvo. Sin saberlo, se hallaban en presencia del cuerpo de Tauenzien, empujado la víspera por delante, estándolo todavía ahora, y ya tocaban al desfiladero de Dennewitz, único paso algo difícil que había que su-

perar en el curso de esta llanura. Véase en qué consistía este desfiladero.

Transversalmente, y delante de nosotros, corría un arroyo poco profundo, si bien muy espantoso, yendo de Niedergorsdorf á Juterbock, y que no se podía cruzar más que por dos puntos, por Dennewitz ó por Rohrvech. Llegado á este sitio, después de correr de nuestra izquierda á nuestra derecha, torcía para penetrar rectamente por delante de nosotros hasta Juterbock, pequeña ciudad ante la cual corría, describiendo diversos contornos. Cruzando á Dennewitz el camino real de que necesitábamos para nuestros parques en aquel océano de arena, había que forzarlo sin remedio en Dennewitz mismo. Allí acudió el general Bertrand atraído por la metralla, y habiéndose disipado un momento la nube de polvo, reconoció á los prusianos. Se le alcanzó que había que arrollarlos y que trasponer el desfiladero de Dennewitz, á pesar de ellos. A su turno acudió el mariscal Ney, vió que no había que hacer otra cosa, é inmediatamente dispuso que se llevara á cabo.

A la cabeza marchaba la división italiana de Fontanelli. Seguido este general de algunos batallones entró en Dennewitz, atropellando un destacamento prusiano, y pasó de esta suerte el arroyo. Pero no en la misma aldea de Dennewitz, sino al otro lado, y sobre excelentes posiciones, extendidas delante de nosotros, hacia la izquierda, era donde había determinado resistirnos el enemigo, oponiéndonos cuantas fuerzas tenía á la sazón justas. Por fortuna, en aquel instante sólo tenía el cuerpo de Tauenzien sobre el terreno; el de Bulow avanzaba á toda prisa; los suecos y los rusos movíanse también diligentes, pero aún se hallaban á larga distancia. Si por su parte precipitaban su marcha todos los cuerpos franceses, no era imposible que llegaran á tiempo de cruzar el desfiladero, destrozando á Tauenzien, y quizá á Bulow de igual modo.

Apenas pasó de la aldea de Dennewitz la división italiana, cayeron sobre ella miles de jinetes con una artillería numerosa, pero no se dejó arrollar por tales fuerzas. A la salida de Dennewitz nos hallábamos sobre una llanura limitada en el horizonte por bosques, y terminada á la izquierda por alturas, encima de las cuales había un molino. Hacia la derecha se descubría á Juterbock en lontananza. Siempre habilísimo el mariscal Ney sobre el terreno, dirigió personalmente las disposiciones todas. A la izquierda y junto al molino de Dennewitz situó á la hermosa división de Morand, cuyo valor duplicaba este caudillo con su presencia, en el centro á la división italiana, y á la derecha y en dirección de Juterbock á la división wurtemberguesa. Bien apostada nuestra artillería sobre las partes salientes del terreno, contuvo á la de Tauenzien, y aun obligóla á que callara. Entonces la numerosísima caballería enemiga se arrojó sobre la nuestra, que respondió á la carga, si bien fué rota. Vivamente perseguidos algunos de nuestros escuadrones, se precipitaron por entre los huecos de los batallones italianos, que no se atrevieron á disparar los fusiles por miedo de herir á nuestros jinetes. Privándose así dos de estos batallones de sus fuegos, fueron destrozados por la caballería contraria, cosa que produjo algún desorden en nuestra línea. Ante este espectáculo el general Ber-

trand tomó dos batallones del regimiento 15.º, avanzó á la izquierda, y cubriendo nuestra línea quebrantada, dió lugar á que se rehiciera. Le cayó encima toda la caballería prusiana y rusa, pero la recibió en cuadros, é hizo impotentes todos sus esfuerzos. Sin embargo, conviniera que llegaran nuestros cuerpos, dado que se aproximaban los del enemigo, y ya desde la aldea de Niedergorsdorf, situada más arriba del Dennewitz, se veía desembocar el cuerpo de Bulow, fuerte de veinticinco mil hombres muy animosos.

Anticipándose el general Bulow á las órdenes de Bernadotte, como sucedió en Gross-Beeren, había andado muy de prisa, y sus cabezas de columnas asomaban hacia nuestra izquierda, al par que no se descubría ni á Reynier ni á Oudinot sobre nuestra espalda. Desembocando las columnas de Bulow de Niedergorsdorf, muy pronto encontraron á los dos batallones del regimiento 13.º, que Morand había apostado á la izquierda, sobre una cumbre, para servir de apoyo á nuestra línea de batalla. Estos dos batallones se mantuvieron firmes, pero agobiados por el número, á la postre se vieron obligados á ceder el terreno en que se hallaban establecidos. Situada nuestra artillería algo detrás y de la parte de arriba, protegiólos, abrumando á los prusianos de metralla. Ney, convertido de general en jefe en general de división, tomó dos batallones del regimiento 8.º, también pertenecientes á la división de Morand, los llevó adelante y reconquistó el terreno, que á pesar suyo habían perdido los dos batallones del regimiento 13.º. Al mismo tiempo despachó oficiales tras oficiales á Reynier y á Oudinot para acelerar su llegada. Desplegóse el cuerpo de Bulow, pero empeñada toda la división de Morand, sucesivamente hizo cara á todas las fuerzas del enemigo. Estrechada por oleadas de caballería, las recibió en cuadro, y formóse alrededor un baluarte de jinetes enemigos, muertos ó desmontados. Así se sostuvo por quince mil hombres contra unos cuarenta mil el combate.

Empezada á mediodía esta desigual lucha, ya hacía tres horas que duraba con eventualidades diversas, sin poder conseguir que abandonásemos el desfiladero que más allá del arroyo de Dennewitz habíamos conquistado. No obstante, se descubría distintamente el ejército ruso y sueco, avanzando á marchas forzadas sobre la aldea de Golsdorf, situada á nuestra izquierda, más acá del arroyo que habíamos cruzado y formando un ángulo recto con dicha corriente. Ya tenía allí Bulow un destacamento, y si continuaban los progresos del enemigo podían quedar interceptadas las comunicaciones entre nuestras tropas comprometidas y las que aún estaban en marcha. Oyeron el cañoneo Reynier y Oudinot, á quienes por un enorme yerro dejó Ney á larga distancia de Bertrand; pero, habiéndolo oído ya el día antes y envueltos por una nube de polvo que les impedía ver los objetos, no se creyeron en la obligación de acelerar el paso. Avisados finalmente, se dieron más prisa; y tomando el cuerpo 7.º la delantera al 12.º, llegó á disminuir la desigualdad de fuerzas bajo que iba á sucumbir el 4.º.

Según las órdenes de Ney, reducidas á formarse en horca sobre nuestra izquierda, para contener á Bulow y hacer cara á los suecos y á los rusos que se estaban aproximando, detenido Reynier un instante por los